

las negras filas de ventanas. A un lado, la colina del Príncipe Pío, coronada de cuarteles; al extremo opuesto, la cúpula de San Francisco el Grande y el Seminario. Arriba, el cielo sin una nube, límpido, como si su azul lo hubieran lavado las últimas lluvias, con una diafanidad, que absorbía y borraba instantáneamente el humo de las chimeneas. Abajo, en los declives que conducen al Manzanares, grandes masas de vegetación; las arboledas del Campo del Moro, de la Virgen del Puerto, de la cuesta de la Vega. La masa blanca del caserío, partíase más allá del puente de Segovia, y una línea metálica, una barra horizontal y negra, unía los dos lados de este corte. Era el Viaducto.

Madrid, visto desde allí, parecía una capital portentosa, una imponente metrópoli. Entre el azul del cielo y el verde de los árboles, alineábanse las más solemnes manifestaciones de su vida, sus más poderosas grandezas. La vivienda de los reyes en medio; á un lado, los cuarteles, sobre aquella colina que era el Monte de Marte de Madrid; al opuesto, el templo suntuoso, que parecía aplastar con su grandeza las casuchas inmediatas, y otro cuartel, sin armas, donde se albergaban los reclutas de la fe vestidos de negro. Nada faltaba: era la imagen completa de la nación: todo parecía haberse concentrado en esta cara monumental de la gran villa.

Abajo, en la Virgen del Puerto, sonaba el redoble de unos tambores, y Maltrana, veía, entre los árboles, cómo marchaban, al compás de las cajas, los soldados nuevos, cual filas de hormigas, aprendiendo á marcar el paso. *Rataplán... rataplán*, cantaban los parches, y el bohemio, en su contemplativa abstracción, creía entenderlos. Los tamborcillos le hablaban: parecía que, adivinan-

do sus pensamientos, le decían burlonamente: «Va á durar... va á durar...» Y no mentían. Mientras ellos redoblasen en este tono, uniforme, mecánico, sin fiebre y sin locura, todo seguiría lo mismo.

Después, su mirada, se fijaba en la parte de acá del río. Grandes tejados rotos con anchas brechas, por las que se colaba el aire y la lluvia. Eran caserones abandonados que servían de albergue á los miserables. Junto á ellos, brillaban al sol las cubiertas de cinc herrumbroso y las latas viejas de las cabañas de los mendigos. El hormigueo de la miseria también estaba allí. También acampaban, frente á esta cara de Madrid, que era la más hermosa, los vagabundos, los desesperados, los abortos de la sombra, toda la muchedumbre que él había visto una noche, con los ojos de la imaginación, rodando en torno de los felices, de la caravana dormida en el beatífico sopor del hartazgo.

Maltrana pensó en los traperos de Tetuán, en los obreros de los Cuatro Caminos y de Vallecas, en los mendigos y vagos de las Peñuelas y las Injurias, en los gitanos de las Cambronerías, en los ladrilleros sin trabajo del barrio que tenía delante, en todos los infelices que la orgullosa urbe expelía de su seno, y acampaban á sus puertas, haciendo una vida salvaje, subsistiendo con las artes y astucias del hombre primitivo, amontonándose en la promiscuidad de la miseria, procreando sobre el estiércol á los herederos de sus odios y los ejecutores de sus venganzas.

La capital, dominadora y triunfante, parecía abrumar el espacio con su pesada grandeza. Reía, destacándose sobre el azul del cielo, con el temblor de las grandes vidrieras de sus palacios, heridas



por el sol, con la blancura de sus muros, con el verde rumoroso de sus jardines, con la esbeltez de las torres de sus iglesias. No veía la muchedumbre famélica esparcida á sus pies, la horda que se alimentaba con sus despojos y suciedades, el cinturón de estiércol viviente, de podredumbre dolorida.

Era hermosa y sin piedad. Arrojava la miseria lejos de ella, negando su existencia. Si alguna vez pensaba en los infelices, era para levantar en sus afueras monasterios, donde las imágenes de palo estaban mejor cuidadas que los hijos de Dios, de carne y hueso: conventos de monstruosa grandeza, cuyas campanas tocaban y tocaban en el vacío, sin que nadie las oyese. Los pobres, los desesperados, no entendían su lenguaje: adivinaban lo falso de su sonido. Tocaban para otros: no eran llamamientos de amor; eran bufidos de vanidad.

Alguna vez la horda dejaría de permanecer inmóvil. Los que entraban en Madrid al amanecer, se presentarían á mediodía. Ya no aceptarían los despojos; pedirían su parte: no tenderían la mano; exigirían con altivez.

Y las gentes felices temblarían de pavor ante las caras amenazantes, las vestiduras miserables, las miradas de famélico estrabismo, los anhelos locos y criminales de destrucción. ¿Dónde se habían ocultado hasta entonces aquellos monstruos? ¿De qué antro surgían?... Y bien, gentes dichosas, habéis vivido con ellos sin saberlo. Acampaban junto á vuestros muros, pasaban todos los días ante vuestras puertas, á la hora de vuestro sueño. No les habéis visto porque eran débiles, porque se arrastraban humildes. Negabais su existencia porque no proferían amenazas. Ni piedad ni misericordia tuvisteis con ellos cuando aún era tiempo...

Maltrana examinaba mentalmente esta avalancha de miserias, odios y desesperaciones, que podía transformarse en un ejército. ¿Qué le faltaba á la horda? Jefes, pastores audaces que la guiasen á las alturas, conociendo el camino. ¡Ay: si los que nacían en su seno, armados con la potencia del pensamiento, no desertasen, avergonzados de su origen! ¡Si los siervos de la pobreza como él, en vez de ofrecerse cobardemente á los poderosos, se quedasen entre los suyos, poniendo á su servicio lo que habían aprendido, esforzándose en regimentar á la horda, dándola una bandera, fundiendo sus bravías independencias en una voluntad común!...

Oyó un vagido á sus espaldas y la voz de la tendera.

—¡Al papá, Isidrito! ¡al papá! ¡hazle manos: saludale!

Quedó sobre sus rodillas aquel paquete de grasa infantil, en el que se marcaban apenas los ojos como dos gotitas negras. Olía á leche agria, á orines, á los fuertes sahumeros con que la nodriza pretendía ocultar sus hedores vitales. Maltrana aspiraba con delicia este perfume. Le besó en la boquita desdentada; no se atrevió á limpiarse las babas que le había dejado en el bigote.

¡Ser padre! ¡Contemplar una prolongación de su vida, un desdoble de su personalidad, un testimonio de la propia existencia, que años después de morir él afirmaría el paso por el mundo de un hombre llamado Maltrana!... Aquella carnecita blanda y suave como el plumón, era suya: había en ella algo de su sér y de aquella otra carne ¡ay! despedazada, que había desaparecido para siempre en el misterio de la tierra.

¿Qué le importaba ya la suerte de los infeli-



ces, el destino de la horda miserable y los tremendos conflictos que pudieran desarrollarse en lo futuro?...

A vivir: toda su vida la tenía en sus brazos. El calor de este cuerpecillo le infundía una resolución egoísta y brutal. Al coger á su hijo sentíase fuerte. Era como un arma que le daba confianza y valor para seguir su marcha.

Quería que fuese de los felices, de los dichosos, de los fuertes. Ya que el mundo estaba organizado sobre la desigualdad, que figurase su hijo entre los privilegiados, aunque para ello tuviese que aplastar á muchos.

Lo que no había logrado la miseria y el triste destino de Feli, lo conseguía aquel chiquitín, con sólo su contacto. Caía hecha polvo la herrumbre de su voluntad. Era otro hombre; su audacia consideraba con desprecio todos los obstáculos.

Sentíase capaz de robar, de matar, por su hijo. No tenía otra herramienta, otra arma, que su pluma, pero haría de ella un puñal, una palanqueta, algo implacable, que sirviese para la muerte y el despojo. Lo que no había osado hacer por el amor, lo haría por su hijo. Se lanzaría en plena lucha, con la insolencia del mercenario. Adiós, ideas, fe, entusiasmos... Ilusiones: todo ilusiones. Despreciaba su cultura, pero pensaba aprovecharla para hacerse pagar mejor. El dinero y el poder tendrían un siervo más.

Su suerte estaba echada. Se revolvería en la abyección, paladearía su envilecimiento, se vendería como esclavo, para que su hijo fuese libre. Su destino era el del asaltante que cae en el foso, para que el hermano de armas entre por la brecha. El desaparecería en el fango, pero el Maltra-

na que venía detrás pasaría vencedor sobre el puente de sus espaldas.

Y mirándose en aquellos ojitos, bobos, sin expresión, que le contemplaban fijamente, Maltrana decía á su hijo con el pensamiento:

—Llegarás, chiquitín. Yo marcharé á gatas, delante de ti; abriré con mi lengua un camino en el barro, para que avances sin ensuciarte. No temas que caiga desalentado, que vuelva á sentirme cobarde y te abandone como á la pobre mártir. Este amor que ahora nace es de hierro. Ya soy otro. Soy... tu padre.

FIN

Madrid, Abril-Junio, 1905.







